

SIN HIERRO, SIN ESTATUAS

La sospecha: Sobre omisiones y disciplinas.

Por Pepe Carvalho

FLOR DE PAPÁ

Con su pelo rubio muy lacio, alto y tan flaco -aunque musculoso- mi compañero de secundaria, Ricardo Hubac, “El Polaco”, no parecía de 16 años. Un día trajo una cruz de hierro que, en la parte de atrás, tenía una leyenda en alemán. Él mismo hizo la traducción:

“Al Capitán Hubac, por su valor en el frente de batalla ruso”

Enterado de la anécdota, el profesor de historia le preguntó si, en la Segunda Guerra Mundial, el papá de Ricardo había luchado para los nazis y si era alemán. Ricardo, sin negar ni aceptar, aclaró que su familia paterna era polaca. Su madre, ella sí alemana, cuando él tenía un año, había resultado herida y muerto al día siguiente, en un acto de guerra.



Y esta era toda la información que el padre dio acerca de la madre.

ENTRE IGUALES

Las pocas referencias del padre sobre su esposa la hacían aparecer como a una auténtica enemiga. Cuando él veía en el hijo actitudes que no le gustaban, decía “sos igual a tu

madre". Una sola vez, Ricardo se atrevió a preguntar si su padre había sido feliz al tenerlo. En esa ocasión, el llanto fue inapelable. Quizás, el único momento en que El Polaco vio una emoción verdadera en el rostro de su viejo.

SE DESOVILLA LA TRAMA

Poco tiempo tardó Ricardo en hacerse con el relato de su verdadero nacimiento. Resulta que, después de casarse, sus padres habían vivido en la casa del abuelo de Ricardo, junto a los hermanos del papá. Uno de ellos comenzó a intimar con su madre y, de ese vínculo, nació Ricardo. El rechinar de dientes, la mirada severa y el recuerdo gris que el hombre tenía de su esposa quedaban, por fin, explicados.



LOS NENES CON LOS NENES, LAS NENAS CON LAS NENAS

Ricardo y yo asistíamos a la misma escuela. La vida en el "Juan XXIII" tenía sus cositas, entre ellas, que las reglas internas eran muy rígidas. Se trataba de un colegio mixto, donde los alumnos y alumnas estaban separados en distintos pisos del edificio. La prohibición de que varones y mujeres se juntaran llegaba hasta la misma estación del ferrocarril, centro neurálgico de la zona. El director, un ultra católico, estaba secundado por un jefe de preceptores, al cual se le adjudicaba haber presenciado el intento de violación de un estudiante años antes. Esas cosas que tienen los "ultras", se

ve que el modo de no reeditar el pasado era ese muro real y moral que pretendían poner entre los géneros.



Honoré Daumier, La comedia humana, N^o 3 (litografía)

Dato curioso: en el extremo del pasillo estaba la estatua del fallecido Papa Juan XXIII. Al pasar ante la augusta imagen, debíamos hacer la señal de la cruz: ateo, agnóstico, o creyente, todos obligados por igual. No cumplimentar esta regla podía implicar una amonestación o, lo que era peor, un discurso aleccionador del rol del Papa para la humanidad. Si el “reo” persistía en reincidir en la falta, correspondía citar a los padres.

Así sucedió un día con Ricardo. Es de imaginar el modo en que reaccionó el severo padre, ante “la humillación” que le había infringido su hijo. Para muchos de nosotros, estos fueron motivos suficientes y pudimos transformar todas nuestras pequeñas sospechas acerca de este mundo rígido en un hermoso distanciamiento de esos claustros.

ADIESTRAR EL OÍDO



Honoré Daumier, Tirón de orejas

A la distancia, esos años se vuelven originarios. Lo que nos pasaba a todos era un modo de decidir hacia dónde rumbearíamos nuestros pasos, qué rechazaríamos, qué cosas nuevas era urgente inventar. Pero, lo que le pasaba a cada uno, los relatos de los compañeros, las biografías de las otras casas también nos nacían, nos refundaban. Fue un tiempo de comenzar a sospechar que toda anécdota era un pedazo de escritura teñido de política, sangre, omisiones y rigideces. Tal vez, por entonces, aprendimos el valor de escuchar.